

Rafael Fraguas

MADRID POR DENTRO

Personajes e historias de la ciudad
a través del metro



Cuadrilátero
de libros

Título: *Madrid por dentro*

© 2013 Rafael Fraguas

© 9 Grup Editorial
Lectio Ediciones
c./ Muntaner, 200, ático 8.ª
08036 Barcelona
T. 93 363 08 23 / F. 93 363 08 24
www.lectio.es
lectio@lectio.es

Primera edición: noviembre de 2013

ISBN: 978-84-15088-90-5

DL: T-1155-2013

Impreso en Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de ninguna manera ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Rafael Fraguas

MADRID POR DENTRO

Personajes e historias de la ciudad
a través del metro

Cuadrilátero
de libros 

Índice

Proemio 17

Tirso de Molina, plaza céntrica 21

¿Dónde está Mendizábal?, 22

Antón Martín, o el trasiego incesante 27

Hacia la Academia de la Historia y el Ateneo, 30

Atocha, un espartal milagroso 33

¡Los sarracenos!, 33 • Un templo con mucha historia, 34 • Pavlov en Madrid, 39 • Arquitectura de renombre, 41

Miguel Hernández, en los cuatro puntos cardinales 43

En casa de Neruda, 44 • Marcado por la política, 45

Serrano, «el general bonito» 47

El Madrid más burgués, 48 • El centro del centro, 50

Severo Ochoa, un sabio en el desierto 53

Inteligencia singular, 53 • Un escándalo para olvidar, 56

Velázquez, la serenidad del talento 57

¿Pintores y espías?, 58 • Los restos perdidos, 60 • Un convento embrujado, 61

Goya, haz de pasiones hispanas 64

Dos Goya con mucha historia, 66

Antonio Machado, un soñador en La Moncloa 70

Jardines para el cortejo, 71 • El monasterio de El Pular, 72

Alfonso XIII, el monarca compadre de los militares 75

La Ciudad Universitaria, 77

Franco Rodríguez, la virtud al poder 80

Un pionero de la sanidad pública, 80

Santiago Bernabéu, un prócer rebelde 83

Madridistas bajo sospecha, 85

Quevedo, gloria en la glorieta 87

Al itálico modo, 88 • Un barrio politizado, 90

La Latina, mujer culta 92

La doncella ilustrada, 93 • El cadalso de Riego, 94 • La Puerta de Toledo, 95 • La Capilla del Obispo, 95

Nuevos Ministerios, el sueño de Indalecio Prieto 101

La familia que reza unida..., 103 • Joaquín Costa, 105

Menéndez Pelayo, el poder de la erudición 107

Herrera Oria, el cardenal de la derecha 111

El *Ya* y la Iglesia, 113

Ventura Rodríguez, el fontanero excelso 115

Dos iconos madrileños: Neptuno y Cibeles, 116

O'Donnell, título ducal africano 120

Mariposas con denominación de origen, 123 • La Fábrica de Moneda, 123

Núñez de Balboa, arteria chic 125

Juan Bravo, un héroe desconocido, 125 • Un segoviano valiente, 127
• Cuna y vecindario de próceres, 131

Retiro, edén del pueblo madrileño 134

De reposo de reyes..., 135 • ... a parque del pueblo, 137

Príncipe de Vergara, la fama sobrevenida 141

Una calle muy señorial, 143 • Llegando a Chamartín, 145

Rubén Darío, palabras de malaquita 147

Capital del sandinismo, 148 • Un Schlinder en Madrid, 150 •
El Madrid navarro, 151

Gregorio Marañón, humanista del siglo xx 154

Erudito, pero caritativo, 155 • Secretos en la Biblioteca, 157 •
El rastro de Da Vinci, 158 • Infausto recuerdo, 160

Banco de España, el tesoro escondido 161

Un mundo subterráneo, 162 • Hogar de un poderoso caballero, 164 •
De monumentos y palacios, 165

Manuel Becerra, de la revolución al moderantismo 169

Camino al cementerio de la Almudena, 170 • El *Guernica* en
Madrid, 172 • Rastreando..., 174

Isabel II, sobre la estación de Ópera 177

Y se hizo el teatro, 178

Colón, un marginado de la historia madrileña 181

Los Mendoza, 182 • Que viene el lobo, 184

Sainz de Baranda, alcalde primero 186

Alonso Martínez, un prócer iluminado 192

La calle de Génova, 193 • Los aledaños de Alonso Martínez, 195

Chueca, arco iris de música	198		
El otro Chueca,	201		
Diego de León, un dédalo bajo cota	205		
Magnicidio,	206		
Manuela Malasaña, una niña bajo el fuego	210		
El héroe de la blanca camisa,	212		
Príncipe Pío, un montículo para la historia	215		
El Cuartel de la Montaña,	216 • Otras curiosidades,	219	
Arturo Soria, el urbanista inquieto	222		
La Ciudad Lineal,	223		
Suances, la gran industria	225		
Un curioso parque de automóviles,	227		
El Capricho, gozo y penumbra	228		
Los duelistas,	229 • La ciudadela subterránea,	231 • El infierno,	231
Legazpi, vascos en el océano	235		
El Matadero de Madrid,	237		
María Tudor, la reina enamorada	239		
Un benefactor de la ciudad,	241		
Las otras estaciones	243		
Concha Espina, letras de la Montaña	247		
El Viso,	247 • Mamuts castizos,	249	
Carpetana: aflora un ajuar arqueológico	250		
Tortugas de mil kilos,	251		

Lista, un polvorín secreto 253

A salvo de las bombas, 254 • Un arsenal, 255

Iglesia, amparo de la sinagoga 254

La comunidad judía, 257 • El anfitrión de Albert Einstein, 259 •
Chamberí, la estación fantasmal, 261 • Un corazón soterrado, 263

Eugenia de Montijo, emperatriz 265

Vista Alegre, 266

Marqués de Vadillo, la mirada hacia el río 269

La Virgen del Puerto, 270 • Un río recobrado, 271

Sol, rompeolas de todos los Madriles 274

Recuerdos trágicos, 275 • El Buen Suceso, 276 • Altar de patriotas,
278 • La mansión siniestra, 278 • Actual centro neurálgico, 280 •
Jóvenes en cólera, verbo en el asfalto, 280

Índice onomástico 283

Líneas

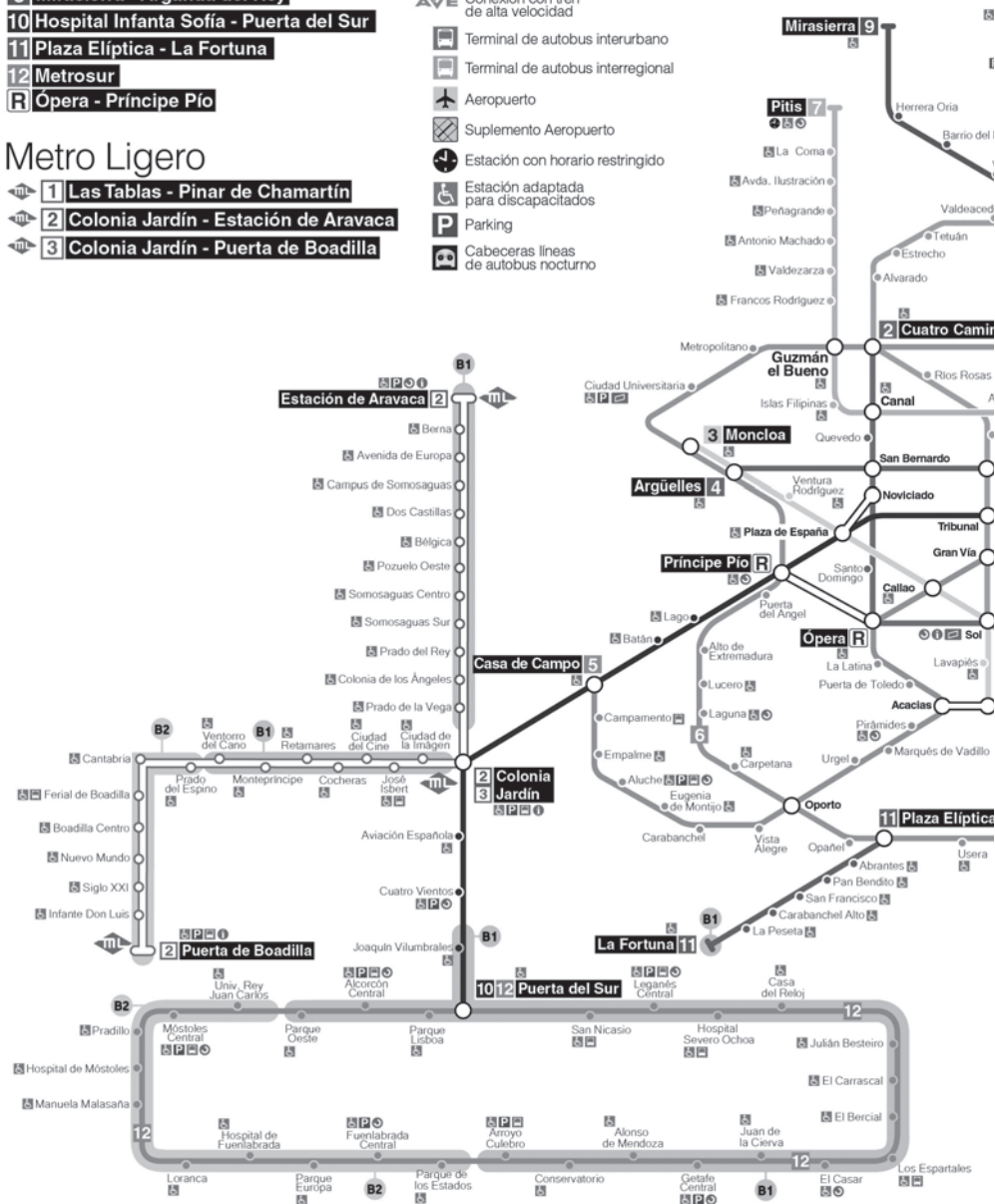
- 1** Pinar de Chamartín - Valdecarros
- 2** Las Rosas - Cuatro Caminos
- 3** Villaverde Alto - Moncloa
- 4** Argüelles - Pinar de Chamartín
- 5** Alameda de Osuna - Casa de Campo
- 6** Circular
- 7** Hospital del Henares - Pitis
- 8** Nuevos Ministerios - Aeropuerto T4
- 9** Mirasierra - Arganda del Rey
- 10** Hospital Infanta Sofía - Puerta del Sur
- 11** Plaza Elíptica - La Fortuna
- 12** Metro sur
- R** Ópera - Príncipe Pío

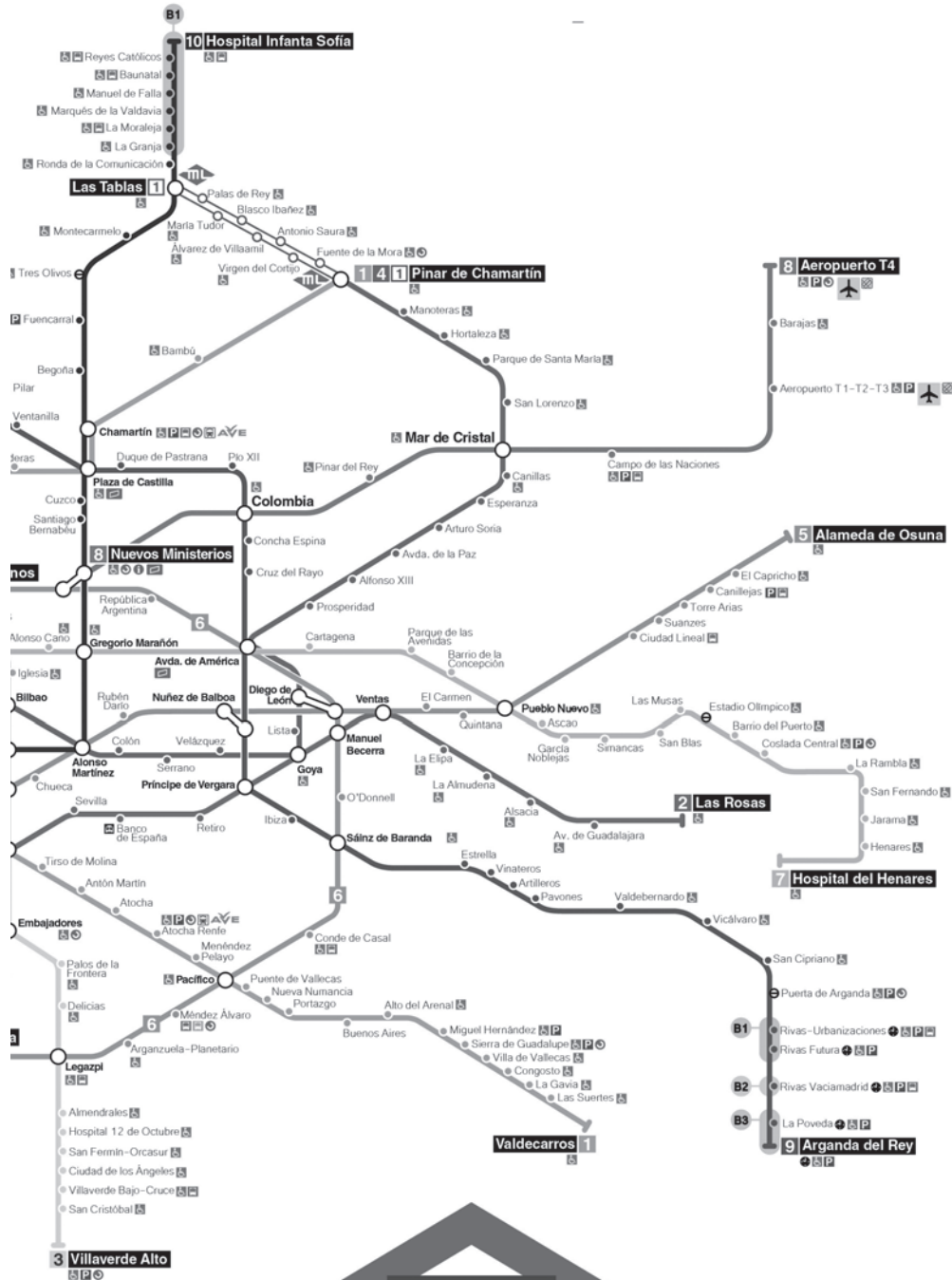
Metro Ligero

- 1** Las Tablas - Pinar de Chamartín
- 2** Colonia Jardín - Estación de Aravaca
- 3** Colonia Jardín - Puerta de Boadilla

Simbología

- 1** Cabecera de línea
- Estación
- Estación con cambio de tren
- Transbordo entre líneas
- Transbordo largo entre líneas
- Metro Ligero
- Estación de Cercanías-Renfe
- Estación de Ferrocarril de Largo Recorrido
- AVE Conexión con tren de alta velocidad
- Terminal de autobús interurbano
- Terminal de autobús interregional
- Aeropuerto
- Suplemento Aeropuerto
- Estación con horario restringido
- Estación adaptada para discapacitados
- Parking
- Cabeceras líneas de autobús nocturno
- Oficina de Información
- Oficina Tarjeta Transporte Público
- B1 - Cambio Tarifario
- B2 - Cambio Tarifario
- B3 - Cambio Tarifario





Proemio

Panteón vivo de personalidades célebres. Tal es la función no escrita de la red de estaciones del metro de Madrid. Grandes, pequeñas y medianas figuras de la historia, el arte, la política, el foro, la escena o la pluma dieron nombre a las terminales del ferrocarril subterráneo, en abierto contraste con las que bautizaron las calles de la ciudad y cuya coincidencia ha sido perpetuamente eludida. Su orden es caprichoso, incluso arbitrario. La linealidad de la red impone criterios que apenas admiten el relato, para hacer primar rubros de eficiencia, ahorro de tiempo y otras prioridades funcionales. Hay ausencias, desde luego, en aquel nomenclátor, sobre todo relativas a la mitad de la población madrileña: las mujeres. Muy pocas de ellas fueron distinguidas para figurar en sus rangos. Alguna que otra presencia masculina podría ser prescindible. Cierto. Pero las denominaciones existentes, sirven en su mayoría para hacer revivir en la memoria el recuerdo de gentes que alcanzaron nombradía en el Madrid donde residieron, la ciudad que amaron y que de tal manera les evoca. Sus nombres están a diario en boca de todas y todos. La actualidad de su recuerdo se percibe, se pronuncia y se lee cada minuto: reside también en el latido, en el trepidar de las baldosas de las calles al paso incesante de los trenes que surcan el subsuelo entrañado

de la ciudad, ocupados por millones de personas. Y todo ello gracias a miles de otras personas que, adentradas en el seno más profundo de Madrid, lucharon en su día y prosiguen luchando hoy contra la obscuridad, para poner sus mentes y sus manos a la tarea de horadar el subsuelo y abrir caminos de encuentro, en una ciudad duplicada, subterránea, donde seres de carne y hueso facilitan generosamente a los demás la vida.

Hoy, las líneas del ferrocarril metropolitano de Madrid crecen con una velocidad de crucero exponencial respecto de aquella otra con la que emprendió su singladura en 1919. Entonces, fue aleccionada por el impulso de un rey, Alfonso XIII, que apostó por el proyecto —con alcance social, buscado o no— y puso el primer millón de pesetas —lo pidió prestado a su hijo el Príncipe de Asturias— de los ocho millones que cubrieron el arranque financiero de la iniciativa.

La recaudación para financiar el proyecto de metro de Madrid fue en su origen muy costosa, ya que un banco vasco anunció que adelantaría cuatro millones si el ingeniero Carlos Mendoza, mentor de la idea junto con el también ingeniero Miguel Otamendi, aportaba los otros cuatro. Una vez que el Rey se avino a colaborar en el proyecto y se supo de su anuencia, el dinero acudió impetuosamente de todas partes. Fue poco antes cuando Mendoza, joven ingeniero de caminos, canales y puertos, durante su luna de miel en París quedó fascinado por el ferrocarril subterráneo que surcaba las íntimas profundidades de la antigua Lutecia, donde hubo de vencer dificultades sin cuento derivadas del surco que allí traza el Sena. Por su parte, el ingeniero Miguel Otamendi se había persuadido de la importancia del ferrocarril subterráneo durante su visita a una exposición universal celebrada en la ciudad estadounidense de San Luis, en el estado de Missouri, en el año 1904.

Mendoza había accedido al mundo de la ingeniería gracias a su pasión por la hidráulica, como había expresado ya en 1910 en un proyecto para hacer navegable el río Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla mediante un sistema de esclusas, vinculado asimismo a áreas de regadío zonal entre cada uno de los diez tramos en los que lo había seccionado. Entusiasta del proyecto ferroviario subterráneo, concebido como prolongación del Ensanche madrileño ya pergeñado en el siglo XIX, Carlos le contó su idea al marqués de Santillana, al cual le unían estrechos lazos de amistad —los titulares de este marquesado castellano llevan también el apellido Mendoza—. Luego anudaría contactos con los mejores ingenieros y arquitectos vascos del momento, los hermanos Miguel y Joaquín Otamendi, conocidos por sus peculiares capacidades de ideación, y el primero de ellos, también por sus dotes de persuasión, las que alcanzaron hasta la mismísima Corona de España, cuyo titular se dejó seducir por el proyecto madrileño, que ya había sido barajado en 1883. Más adelante, en 1892, también fue contemplado por Pedro García Faria, y en 1898 por Arturo Soria.

La idea siguió adelante. Aquellos primeros tres kilómetros de vías, inaugurados por el monarca en una ceremonia, con cóctel incluido, en la estación de Cuatro Caminos —hoy, en su ramal de la línea 6 circular, la más profunda de Madrid, con más de cincuenta metros de hondura—, suman ya trescientos kilómetros y su contraste con la timidez de las primeras líneas es hoy abrumador. Pero el efecto expansivo de tal interconexión subterránea de los barrios de Madrid prosigue, mientras la malla que suele trenzar el bastidor de toda megalópolis aflora por doquier y crece cada año, y su red, conectada ya con las líneas de ferrocarril de Cercanías y pronto con

las de largo recorrido, parece asemejarse a un universo, por ese expandirse incesante.

Hemos subido al vagón. Comienza nuestra singladura. No hay apenas luz que aquí nos guíe. Sólo contamos con la pericia de los conductores-maquinistas, la certeza de una ruta segura y los mimbres de un relato trenzado por la historia madrileña. Pero en cada estación elegida saldremos a la calle a merodear, a escarbar un poco en el pasado y a descubrir quiénes moraron en los edificios de las inmediaciones, cómo vivieron, qué actos signaron sus vidas y, si se tercia, nos aventuraremos a descubrir ese genio del lugar, esos dioscecillos de cada enclave que vagan por los espacios interiores como *Wiyi*, un gnomo descubierto por el conde Tolstoi que los campesinos rusos aseguraban haber reconocido, ya que «sus párpados llegaban hasta el suelo».

Tal vez en nuestro viaje no encontremos ningún gnomo, pero, con certeza, daremos con sorpresas inesperadas, insólitos hallazgos. Porque Madrid, ciudad fragmentada por excelencia, por debajo de esa trepidante trama de ruido y prisa que la recubre, da paso a un rico torrente de aguas cristalinas surtidas por miles de manantiales que bombean su néctar desde una entraña a la que nuestra aventura, con certeza, nos aproxima. Imaginemos que nuestros vagones son bajeles que surcaran esas aguas que afamaron acuosa y maternamente Madrid —«Sobre aguas fui edificada», reza la matricial leyenda— y que cada estación a la que arribamos fuera un puerto luminoso donde desembarcásemos, esperanzados, en busca de tesoros. Embarquemos, pues, ahora. Un millar de sorprendentes descubrimientos nos aguardan.



Tirso de Molina, plaza céntrica

La hoy llamada plaza de Tirso de Molina, donde se sitúa una céntrica y embaldosada estación de metro homónima, es una de las más señeras de Madrid. A ella hemos salido y la observamos con detenimiento. Posee una singularidad tan peculiar que para muchos lugareños y forasteros parece ser la metáfora de los espacios interiores más prietamente poblados de la ciudad. Umbría por su enclave, figura no obstante entre las más animadas, señaladamente durante las mañanas de los fines de semana, en las cuales se activan sus numerosos comercios de flores mientras que por su ámbito pulula un gentío ruidoso y cosmopolita.

Con razón, en la plaza se hallan las calles que allí arrancan para declinar, a veces de manera abrupta, hacia Lavapiés, emblema multicultural madrileño por excelencia. La topografía de la plaza es discontinua, algo dispersa y, al transitarla, el/la paseante tiene la impresión de hallarse dentro en una suerte de recinto cercado donde vecinos imaginarios, asomados a los balcones, escudriñaran con intensidad y regocijo.

El caserío circundante a la plaza de Tirso de Molina muestra añejas fachadas. En uno de sus edificios tiene desde hace décadas la sede el Club de Amigos de la Unesco, un círculo que reunía a las fracciones más instruidas y progresistas del

estudiantado pobre y del proletariado de Madrid. Precisamente este enclave donde se encuentra el club fue, desde mediados del siglo XIX, llamado plaza del Progreso. Hoy, sin embargo, lleva el seudónimo de Gabriel Téllez, fraile mercedario más conocido por ser uno de los principales dramaturgos españoles del siglo XVI, que residió en un cercano y enorme convento de la zona erigido por la orden religiosa a la que él perteneciera. *La villana de Vallecas* y *Don Gil de las calzas verdes* son dos de sus más renombradas obras, junto con *El burlador de Sevilla*, uno de los precedentes de don Juan Tenorio, el personaje que en el siglo XIX inmortalizara el vallisoletano José Zorrilla e inspirara numerosas composiciones musicales, teatrales y, posteriormente, cinematográficas.

Pero, con certeza, la estatura literaria del fraile Tirso de Molina, quien presumiblemente diera nombre originalmente a la plaza, grupa que fue grande sin duda, no debió ser la causa fundamental que llevó a los ediles madrileños a dedicar en 1943 la plaza a la memoria del religioso, sino, por el contrario, cuitas de otra naturaleza, concretamente, cuitas políticas.

¿Dónde está Mendizábal?

Allá van. La plaza de Tirso de Molina, como señalamos, se llamó previamente y durante setenta años, entre los siglos XIX y XX, plaza del Progreso. En su ámbito, se alzó algo virada hacia el este durante casi un siglo una escultura de bronce de tres metros de porte más su peana, que fue financiada por suscripción popular y esculpida por el escultor cántabro José Gragera. Representaba al político liberal andaluz, ministro y hacendista Juan Álvarez Mendizábal, que figuraba en pie,

con levita decimonónica y gesto enérgico.

¿Qué fue de aquella estatua de bronce hoy desaparecida? Se sabe que permaneció en su emplazamiento desde la revolución de 1868, llamada Gloriosa, hasta el fin de la Guerra Civil, en 1939. Mendizábal, prócer liberal gaditano, fue a lo largo de medio siglo



polo de las más vivas —y agrias— frondas políticas por haber sido considerado mentor de la principal desamortización de bienes de la Iglesia católica. Aquella decisión política se tradujo en la venta pública de cuatro millones y medio de hectáreas de tierras llamadas «de manos muertas» que el clero patrimonializaba desde tiempo inmemorial, así como en la consecutiva exclaustación de monjes y religiosas de monasterios y conventos.

De entonces surgió el abandono del monasterio cartujo madrileño de El Paular, situado junto a la localidad serrana guadarrameña a los pies de Peñalara —el monte más alto del territorio madrileño, con 2.482 metros de altitud— y la dispersión por distintos puntos de España, desde A Coruña y Tarragona hasta Córdoba, no sólo de su comunidad religiosa, sino de una extraordinaria colección de cincuenta y cuatro obras de arte pintadas por Vincenzo Carduccio que representan distintos momentos de la historia de la comunidad cartuja —la misma que presumiblemente dio el apellido al pintor—. Siglo y medio después de aquellos hechos, ya entrado